

MIGRACIÓN EN ESTADOS UNIDOS: EN EL PANTANO

El programa de trabajadores huéspedes de Bush dividió a demócratas y republicanos por igual

ECONOMIST INTELLIGENCE UNIT
/THE ECONOMIST

El presidente George W. Bush enfrentó severa oposición a su reciente intento de reformar la ley migratoria, cinco años después de haberla propuesto por vez primera, aunque después la abandonó porque su guerra contra el terrorismo cobró prioridad. En este año de elecciones de medio periodo, la legislación propuesta captó la atención nacional, y desató protestas de magnitud sin precedentes. Los grupos pro derechos de los migrantes y sus partidarios se opusieron a la iniciativa draconiana aprobada por la Cámara de Representantes el año pasado, pero también criticaron la de Bush, relativa a crear un nuevo programa de trabajadores huéspedes.

En los días pasados el debate sobre migración ocupó el centro del escenario, e incluso hizo que la atención del público, de los políticos y de la prensa se apartara un poco de los problemas en Irak. Pero también este tema ha resultado un pantano político, como confirmó la decisión del Senado de postergar la iniciativa.

Bush pretende legitimar a algunos de los 11 millones de inmigrantes indocumentados mediante la creación de un programa de trabajadores huéspedes que les habría concedido estatus legal temporal hasta por seis años. La propuesta, aunque contaba con la aprobación general de los organismos empresariales, dividió al Partido Republicano y disgustó a muchos miembros de la base conservadora del presidente, para quienes dichas medidas equivalen a una amnistía a la inmigración "ilegal".

Pero también los demócratas están divididos. El grupo dominante de miembros educados y



Estudiantes de la Universidad de Wisconsin se manifestaron ayer en la ciudad de Madison, en demanda de respeto a los derechos de los trabajadores migratorios ■ Ap

liberales favorece reformas pro migrantes, pero los demócratas más pobres, en especial los afroestadunidenses, se sienten amenazados por reglas de migración más abiertas. Sin embargo, como partido en el poder, los republicanos tienen más que perder en el debate, el cual polarizó a grupos de electores existentes y potenciales.

Migrantes en marcha

En los días del debate se llevaron a cabo manifestaciones masivas en rechazo a toda legislación que persiguiera y castigara a los indocumentados. La mayor convocó a medio millón de personas el 25 de marzo en Los Angeles, y hubo otras en todo el país, algunas organizadas con apoyo de la Iglesia católica.

Muchos defensores de los derechos de los migrantes también se oponían al plan de Bush,

pues crea una subclase de trabajadores extranjeros sin darles derechos laborales ni ningún medio para adquirir residencia legal. Para ellos toda la discusión es parte de un creciente sentimiento antinmigrante en el Congreso y en el país. Lo que exigen es que los que ya se encuentran en EU tengan un camino hacia la ciudadanía.

El debate está mezclado con preocupaciones de seguridad fronteriza. La iniciativa de la Cámara implica cerrar la frontera mediante la creación de un enorme muro para evitar la entrada de indocumentados. Alrededor de 60% de los trabajadores vienen de México, y 78% de países latinoamericanos en general, según el Pew Hispanic Center. La mayoría cruzan por la frontera sur. Por tanto, en los estados de esa frontera la reacción contra los indocumen-

tados ha tenido particular potencia. Para calmarlos, Bush quiere combinar su programa con un plan más severo de seguridad fronteriza.

La controversia también tiene importantes implicaciones para la relación de Washington con México, el país más afectado por cualquier cambio en la ley. La alguna vez cercana relación entre ambos gobiernos comenzó a enfriarse cuando Bush puso su esfuerzo inicial sobre el tema migratorio en la bandeja de pendientes, en 2001. La reciente reunión de Bush con Vicente Fox, donde se trataron también otros temas fronterizos, como el crimen organizado y el narcotráfico, contribuyó a poner el tema migratorio en primer plano.

Poco terreno neutral

Los funcionarios electos estadounidenses se ven presionados por

diversos electorados que exigen cambios: residentes de estados fronterizos y suburbios donde la presencia de migrantes es más fuerte; conservadores sociales que ven la migración como una amenaza a los valores del país; un creciente electorado latino, al cual ambos partidos políticos intentan cortejar, e intereses empresariales que sostienen que la mano de obra migrante es vital para la agricultura, para algunas industrias y para zonas del país donde es difícil encontrar trabajadores.

Antes de la reciente ola de protestas, que todavía está en marcha, parece que los partidarios de la línea dura llevan las de ganar. Además, diversas encuestas de opinión muestran que más de 60% se opone al programa de trabajadores huéspedes de Bush.

Sin embargo, la comunidad migrante se puso en pie y envió al Congreso un claro mensaje de oposición a nuevas restricciones o a la criminalización. Los activistas expresan que prefieren ninguna reforma a cualquiera de las que estaban a debate. La fuerza de su campaña, si persiste y crece, podría atraer a muchos legisladores de sus estados y ciudades de origen que buscan una forma de cambiar las preferencias electorales. (Algo similar ocurrió en California en 1990, cuando un esfuerzo del gobierno republicano por negar acceso de los indocumentados a la educación y la salud fue derrotado, pero no sin antes llevar muchos votos latinos a los demócratas.)

Si bien existe consenso político y popular de que se necesita hacer más para fortalecer la seguridad fronteriza y reparar una política migratoria casi destrozada, no lo hay en cuanto a qué hacer con los 11 millones de trabajadores indocumentados. Un acuerdo al respecto resultará elusivo, pues muchas posturas parecen inalterables, al menos a corto plazo.

Aun si se hubiera aprobado alguna reforma, lo más seguro es que no habría satisfecho a todos. El tema continuará en la agenda política y seguirá polarizando a la opinión pública durante algún tiempo más.

FUENTE: EIU

ECONOMIST INTELLIGENCE UNIT
/THE ECONOMIST

LA INSENSATA LEY SENSENBRENNER

En un mundo ideal no habría barreras a la migración, así como cada vez hay menos para el libre movimiento de bienes y capitales. Que algunas personas puedan viajar con libertad casi a cualquier lugar, mientras otras no pueden hacerlo es intrínsecamente repugnante e ineficiente. Los migrantes son generalmente personas emprendedoras que hacen prosperar a los países y a sí mismos. En particular, esa es la filosofía con la que se construyó Estados Unidos. "Entiendan qué hizo la migración por Esta-

dos Unidos", recordó George Bush al Senado cuando éste analiza las propuestas para reformar o restringir la inmigración.

En el mundo real, las democracias ricas intentan manejar el flujo de inmigrantes. La razón es que las personas, a diferencia de las mercaderías o de los dólares, llevan consigo su cultura y sus complicaciones. Estados Unidos, que tiene una larga frontera con México, país donde los sueldos son cinco veces menores, enfrenta un reto particular. Más de 11 millones de migrantes

residen de manera ilegal en el país del norte y más de 500 mil ingresan cada año. Cuatro quintas partes son oriundos de México o de alguna otra parte de América Latina, reconoce el Pew Hispanic Center.

El flujo migratorio se ha convertido en un asunto cada vez más político, y no sólo a lo largo de la frontera. Puso a la Cámara de Representantes en contra del Senado y dividió tanto a los republicanos como a los demócratas. Hay que reconocer que Bush postula una reforma racional de la

legislación migratoria, pero en esta materia no logra ser líder ni siquiera de su partido.

Los opositores a la legalización sostienen que los migrantes obtienen más en servicios de lo que pagan en impuestos. Argumentan que muchos carecen de capacitación y han deprimido los salarios a su mínima expresión. Algunos estadounidenses se sienten amenazados por una "invasión" de hispanohablantes. Más susceptibles a raíz de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, los estadounidenses están

alarmados por la relativa facilidad con la que se puede penetrar en su territorio. Esta manera de pensar ha radicalizado a los chovinistas del Partido Republicano, quienes perciben al tema como un factor para ganar votos en las elecciones intermedias.

En diciembre la Cámara de Representantes aprobó la *iniciativa Sensenbrenner*, la cual pretendía paralizar la inmigración ilegal, tipificar como delito que cualquiera (incluso familiares) ayudara a los inmigrantes indocumentados, y destinar recursos a construir un muro en la mayor parte de la frontera.

ECONOMIST INTELLIGENCE UNIT
/THE ECONOMIST

Los trabajadores indocumentados —con frecuencia invisibles, a veces explotados— instalan muros de cualquier material, cortan carne y lechuga, tienden camas en los hoteles y limpian mesas en los restaurantes. Son unos 12 millones, y ante el debate sobre la reforma migratoria que se ventila en el Congreso estadounidense, encontraron aliados entre los empresarios que dependen de ellos para ocupar algunos de los empleos menos atractivos y de salario más bajo en la economía.

Muchos empleadores apoyaban la enmienda redactada por los senadores John McCain, republicano por Arizona, y Edward M. Kennedy, demócrata por Massachusetts, que había sido aprobada por el Comité Judicial del Senado y permitiría que los inmigrantes indocumentados obtuvieran la residencia permanente después de trabajar seis años.

“En muchas industrias son la pieza clave de la subeconomía”, manifiesta Mari Gallagher, consultora especializada en inmigración y temas de fuerza laboral. En 2005, los inmigrantes no autorizados representaban 30% de los extranjeros en el país, según informes del Pew Hispanic Center, y la mayoría provenía de México. Según ese centro, aproximadamente uno de cada tres albañiles es inmigrante ilegal, como 36% de los trabajadores que colocan recubrimientos aislantes. Representan 14% de los trabajadores de la construcción y 12% de los empleados de la industria de preparación de alimentos.

“De 11 a 12 millones de inmigrantes trabajan con documentos falsos y pueden ser explotados por algunos empleadores, lo cual perjudica a los buenos patrones”, dice Randy Johnson, uno de los vicepresidentes de la Cámara de Comercio de EU. “Es mejor ser

MANO DE OBRA NECESARIA Y EXPLOTADA

Los trabajadores indocumentados encontraron aliados entre los empresarios que los contratan para ocupar los empleos menos atractivos



Un mecánico de Zacatecas trabaja en un taller de Los Angeles, California. Muchos trabajadores indocumentados contribuyen a la seguridad social mediante impuestos de nómina, incluso aunque no sean elegibles para recibir los beneficios ■ Ernesto Moreno

honestos, darles una categoría legal. Tenemos patrones que no pueden encontrar trabajadores estadounidenses para ciertos empleos, como colocar techos en Texas, o jardinería y construcción”, afirma.

La Asociación de Hoteles y Hospedaje de EU señala que muchos establecimientos, en especial de turismo de lujo, no pueden llenar muchas vacantes, a pesar de intensivas búsquedas locales. Para llenar el vacío es necesario recurrir a los inmigrantes, asevera Shawn McBurney, vicepresidente de asuntos gubernamentales, y añadió que

los patrones exigen que se exhiban los documentos adecuados. Si parecen genuinos, deben aceptarlos como valederos, explicó. “De otra manera podrían ser multados por violaciones a los derechos civiles.”

La industria hotelera generalmente paga más del salario mínimo a trabajadores sin experiencia, más prestaciones, y algunas empresas del ramo pagan hasta 8 o 9 dólares por hora para empezar, dice la asociación hotelera.

Hay quienes sostienen que los inmigrantes desangran los fondos fiscales al sobrecargar los

sistemas de salud y escolares, a la vez que provocan la baja de los salarios y quitan empleos a ciudadanos estadounidenses. Otros afirman que ocupan los empleos que los ciudadanos no desean y que prestan servicios vitales. Muchos trabajadores indocumentados también contribuyen a la seguridad social mediante impuestos de nómina, incluso aunque no sean elegibles para recibir los beneficios.

De acuerdo con el Centro Metropolitano de Información de Chicago, que rastrea las tendencias de compras domésticas y la actividad bancaria entre los inmi-

grantes de la región, allí habitan unos 340 mil indocumentados. Es difícil precisar dónde trabajan, en parte porque los indocumentados tratan de mantenerse fuera del alcance del radar y porque comúnmente los patrones dicen que sólo contratan trabajadores legales. Aun así, en muchas industrias, incluso hospitales, el flujo de inmigrantes es crítico para encontrar personal.

En Chicago, los inmigrantes integran de 40 a 50% del personal de los hoteles, y probablemente un mayor porcentaje en restaurantes, asevera Lars Negstad, director de investigación de Unite Here Local 1, sindicato que representa a los trabajadores de hoteles y restaurantes. “Siempre necesitamos personas para hacer tareas domésticas, y muchos nacionales no quieren hacerlo”, sostiene Chris Mander, vicepresidente regional de operaciones de los Hoteles Intercontinental en Medio Oeste y Canadá. La empresa valora a los empleados que hablan varios idiomas, dice. “Muchos de nuestros clientes hablan español, así que es importante. Y tenemos empleados de Europa que se entrenan aquí y ayudan a dar la bienvenida a huéspedes de otros países. Esas son contrataciones más temporales.”

En los restaurantes de Chicago, muchos trabajadores son inmigrantes de México y Centroamérica, observa Michael Kornick, chef y propietario de restaurantes. “En términos de personas que buscan empleo en restaurantes, no veo que las cosas vayan a cambiar en una ciudad como Chicago; usted puede, incluso, ir a los bares sushi y el idioma principal atrás del mostrador es, muchas veces, el español”, expresa. “Pienso que cualquier medida política debe tomar en cuenta que muchas industrias, como la hospitalaria y la de servicios de alimentación, tienen empleados muy antiguos que probablemente son originarios de otro país”.

FUENTE: EIU

DE PAGINA 30

LA INSENSATA LEY SENSENBRENNER

Era una iniciativa no sólo problemática, sino incluso menos fácil de aplicar que la legislación vigente. Su severidad provocó reacciones. El 25 de marzo, casi 500 mil personas tomaron las calles de Los Angeles y se realizaron protestas similares en otras ciudades. Hasta ahora, las manifestaciones han sido más grandes que las convocadas contra la guerra en Irak.

Los opositores a la ley Sensenbrenner integraron una alianza entre grupos empresariales, la Iglesia católica y los latinos. Han hecho varios señalamientos. Uno es que no tiene sentido penalizar a familias que trabajan con ahínco. Otro es que los inmigrantes han ayudado a que las empresas, ranchos y fábricas sean más compe-

titivos, al efectuar trabajos que los nativos se niegan a hacer. La Oficina del Presupuesto del Congreso informa que los migrantes han reducido hasta en 10% los salarios de un número cada vez menor de desertores de preparatoria originarios del país, pero que ninguna reducción puede ser permanente. Los latinos se asimilan, aunque de manera más lenta que otros grupos de migrantes. A fin de cuentas, el norte no es fácil de alcanzar: más de 400 mexicanos murieron el año pasado al tratar de cruzar la frontera.

Construir caminos, no muros

Muchas de las figuras principales

de ambos partidos, desde John McCain en la derecha hasta Ted Kennedy en la izquierda, favorecen la fórmula de transacción impulsada por Bush. El 27 de marzo, en el Comité Judicial del Senado, su opinión prevaleció. Por 12 votos contra seis aprobaron un proyecto de ley que combinaría una fuerza fronteriza más severa con un esquema bajo el cual los indocumentados actuales podrían obtener una visa y, a la larga, la ciudadanía. Cada año se emitirían más de 400 mil visas para los recién llegados. Con mucha probabilidad ese es el mejor arreglo que podía alcanzarse por el momento, pero hasta ahora el Senado no aprobó nada.

Cuando en 1994 entró en vigor el Tratado de libre Comercio de América del Norte (TLCAN), se esperaba que la economía mexicana se emparejara rápidamente con la de Estados Unidos. Eso no ha sucedido. A finales de los años noventa, el PIB mexicano creció la mitad que el de EU. No hace mucho, China desplazó parcialmente a México como proveedor de manufactura a bajo costo. En la actualidad la creación de empleos decentes en México sólo alcanza para alrededor de una cuarta parte de los 800 mil mexicanos que ingresan a la fuerza de trabajo cada año.

Para EIU, la manera primor-

dial en que el próximo presidente de México, quien será elegido en julio, podría cambiar esta situación sería presionando por las largamente aplazadas reformas fiscal, energética, laboral y de leyes sobre competencia. Pero hay una forma en la que EU podría ayudar. La falta de carreteras y autopistas ha propiciado que los beneficios del TLCAN se restrinjan al norte de México, en lugar de llegar al centro y el sur, regiones más pobres, de donde provienen muchos migrantes. Un fondo norteamericano de infraestructura —en el cual EU invirtiera conjuntamente con México— tendría más sentido que gastar recursos en un muro fronterizo. A la larga, un México más próspero significará que EU sea más rico y más seguro.

